

# Adela Cortina

Autora de *Aporofobia, el rechazo al pobre*

## Ética cosmopolita

Una apuesta por la cordura  
en tiempos de pandemia



Adela Cortina

# Ética cosmopolita

Una apuesta por la cordura  
en tiempos de pandemia

PAIDÓS

*1.ª edición, marzo de 2021*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Adela Cortina Orts, 2021

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S. A., 2021

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

[www.paidos.com](http://www.paidos.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN 978-84-493-3795-6

Fotocomposición: AuraDigit

Depósito legal: B. 1.247-2021

Impresión y encuadernación en Liberdúplex, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

Impreso en España – *Printed in Spain*

## SUMARIO

<i>Introducción. Los desafíos del coronavirus . . . . .</i>	9
<b>1. De la muerte de la muerte al cuidado de la vida . . . .</b>	19
<b>2. La experiencia de la vulnerabilidad . . . . .</b>	27
1. La vida humana: un mestizaje de quehacer, quehacerse, dejarse hacer . . . . .	27
2. La vulnerabilidad nos constituye . . . . .	28
3. Un componente de la vida buena . . . . .	30
4. Ética del cuidado . . . . .	33
5. Ética de la responsabilidad . . . . .	35
6. Ética cordial: respeto a la dignidad, compasión por los seres vulnerables . . . . .	37
<b>3. Cuidar la democracia. El peso de lo intangible . . . .</b>	41
1. Tiempos de recesión democrática . . . . .	41
2. Una democracia liberal-social . . . . .	43
3. Ética cívica para que la democracia funcione . . . .	45
4. El peso de lo intangible . . . . .	46
<b>4. ¿Seguridad frente a libertad? . . . . .</b>	53
1. No dilemas, sino problemas . . . . .	53
2. La seguridad, un valor en alza . . . . .	56
3. ¿Es el totalitarismo más eficiente para salvar vidas? . . . . .	58

4. Recurrir a los <i>big data</i> y proteger la privacidad . . .	62
5. Cultivar la intimidad. . . . .	66
<b>5. No hay vida sin buena economía. . . . .</b>	<b>67</b>
1. Un momento decisivo para las empresas . . . . .	67
2. La irrenunciable apuesta de la Unión Europea y Latinoamérica . . . . .	70
3. El corazón de Europa . . . . .	73
4. Construyendo la ciudad justa . . . . .	75
5. Retos pendientes en la construcción de la ciudad . . . . .	80
6. Luces y sombras de la televida. . . . .	83
<b>6. Gerontofobia: un atentado suicida contra la dignidad humana . . . . .</b>	<b>89</b>
1. Desenmascarar la gerontofobia . . . . .	89
2. El mapa de la edad: un mundo nuevo. . . . .	94
3. El aumento de la longevidad es una buena noticia . . . . .	96
4. Triage. Toda vida humana tiene igual valor . . . . .	97
5. Tiempo de dejarse hacer. Residencias y ayuda domiciliaria . . . . .	101
<b>7. Humanidades y tecnociencias: juegos de suma positiva . . . . .</b>	<b>105</b>
1. No hay sociedad democrática sin cultura democrática . . . . .	105
2. ¿Declive de las humanidades? . . . . .	106
3. Fecundidad y utilidad de las humanidades . . . . .	109
4. Las humanidades incrementan el PIB. . . . .	113
5. El rocío que empapa la tierra . . . . .	114

<b>8. Cuidar la palabra</b> . . . . .	117
1. ¿Nos queda la palabra? . . . . .	117
2. Construcción ideológica de la realidad. Posverdad y significantes vacíos . . . . .	119
3. Periodismo imprescindible . . . . .	121
<b>9. Ciudadanía democrática: razón y emociones.</b> . . . .	127
1. Déficit emocional en las teorías liberales de la democracia . . . . .	127
2. Cuatro modelos de ciudadanía democrática . . . . .	129
3. Democracia radical: un entramado de razón y sentimientos . . . . .	137
<b>10. Ética cosmopolita. El momento kantiano</b> . . . . .	143
1. Desde la cordura . . . . .	143
2. ¿Qué es el cosmopolitismo? . . . . .	144
3. Ética cosmopolita . . . . .	147
4. Un proyecto educativo, político y jurídico . . . . .	151
5. Ciudadanía social cosmopolita . . . . .	153
6. El legado kantiano . . . . .	156
<b>11. Un cosmopolitismo arraigado y cordial</b> . . . . .	159
1. Justicia global en el siglo XXI . . . . .	159
2. Nuevos mimbres para una sociedad cosmopolita. . . . .	161
3. Ética cosmopolita desde el reconocimiento cordial . . . . .	167
4. Razones para la esperanza . . . . .	171
<i>Bibliografía</i> . . . . .	173
<i>Notas</i> . . . . .	195

## Capítulo 1

### DE LA MUERTE DE LA MUERTE AL CUIDADO DE LA VIDA

Recordar el lugar del Apocalipsis en que la peste aparece como un jinete que cabalga junto a otros tres, el hambre, la guerra y la muerte, causando la destrucción de los últimos días, es ya un tópico, un lugar común en estos tiempos de pandemia. «Cuando (el cordero) abrió el cuarto sello —dice el libro—, oí la voz del cuarto Ser que decía “sal”. Miré entonces un caballo verdense; el que lo montaba se llamaba Peste, y el Hades le seguía.»<sup>1</sup> Con todo, no está de más traer a la memoria otro texto bíblico, del Eclesiastés en este caso, que no se refiere al final de los tiempos, sino al inevitable carácter cíclico de la vida, a ese sabio aviso de que no hay en la historia nada nuevo bajo el sol. «Hay un tiempo para nacer y uno para morir, uno para plantar y otro para arrancar lo plantado, un tiempo para destruir y otro para edificar, hay un tiempo para amar y uno para odiar, hay un tiempo de guerra y un tiempo de paz.»<sup>2</sup>

Y es verdad que no hay nada totalmente nuevo bajo el sol, tampoco en la experiencia de daños universales que amenazan al conjunto de la naturaleza y de los seres humanos que viven en ella y desde ella. Así lo recordaban ya los defensores de la ecología profunda a mediados del siglo pasado y también aquel célebre movimiento, liderado por el economista alemán Ernst Friedrich Schumacher, que se refería a la ecosfera en su famoso ensayo de 1973 *Lo pequeño es hermoso: economía como si la gente importara*. Nada nuevo bajo el sol, sigue siendo urgente una organización económica, política y ética como si la gente importara.

En aquel tiempo fueron justamente una crisis, la del petróleo, y el surgimiento de la globalización, a la que hoy se alude hasta la

saciedad, los hechos que llevaron a criticar por insostenible un modelo al que no le importaba la gente. Según Schumacher, ese modelo se basaba en una metafísica materialista, preocupada por los medios técnicos, pero no por los fines, y trataba de resolver los problemas buscando nuevas soluciones técnicas, cuando lo cierto es que no se trataba de una cuestión de razón técnica, sino de razón práctica, que es la que propone fines para la acción. La solución ante la insostenibilidad del modelo no consistía en emprender una carrera desbocada para reparar los males con nuevos medios técnicos hasta el infinito, sino en reflexionar sobre los fines y priorizar los mejores. Que en eso consiste vivir con inteligencia y corazón, en saber priorizar lo más valioso.

Claro que esta crítica de la razón instrumental tampoco es nueva bajo el sol; a ella dedicaron su esfuerzo los primeros representantes de la teoría crítica de la escuela de Fráncfort, pero *Lo pequeño es hermoso* apuntaba un matiz muy relevante: hoy en día ya no son sólo los sabios quienes critican este modo de vida, sino que es el propio entorno natural el que lo pone en cuestión. Hoy el mensaje nos llega desde el universo: es preciso determinar con lucidez nuestras prioridades. «Todo indica —aseguraba Schumacher— que lo más necesario hoy es una revisión de los fines hacia los que se encaminan nuestros esfuerzos», tenemos que determinar correctamente nuestras prioridades.<sup>3</sup>

En un sentido muy semejante y algunos años antes, el filósofo alemán Karl-Otto Apel señalaba la necesidad de una ética planetaria, capaz de hacer frente a las consecuencias de la ciencia y de la técnica, que tienen un alcance universal. Por primera vez en la historia, el género humano se ve confrontado con retos universales y tiene que responder desde distintas instancias, una de ellas, la ética, porque es la que se ocupa de los fines. No basta entonces, aunque son necesarias, las normas y las costumbres morales de los niveles micro y meso de las sociedades; es necesaria, por primera vez en la historia, una ética para el macronivel, que se haga cargo de los fines comunes a la humanidad.<sup>4</sup>



Esta necesidad, cuyo recuerdo ha sido una constante desde la última parte del siglo pasado, ha ocupado de nuevo la primera plana de todos los medios de comunicación desde el 11 de marzo de 2020, cuando la OMS se vio obligada a reconocer la evidencia de que la COVID-19, la enfermedad por coronavirus, es una pandemia, provocada por un virus asombrosamente contagioso, al que la humanidad debía hacer frente. A la realidad palmaria del cambio climático se unía un nuevo desafío que trasciende también las fronteras físicas y políticas, y que alcanza a todo el planeta. El negacionismo era de nuevo irracional, pero no por ello dejó de hacer acto de presencia. Gobernantes irresponsables, campañas de desinformación en las redes sociales, ciudadanos igualmente irresponsables han intentado obviar la existencia de la pandemia, dando la razón a Camus, «la plaga no está hecha a la medida del hombre, por tanto, el hombre se dice que la plaga es irreal, es un mal sueño que tiene que pasar, pero no siempre pasa».<sup>5</sup> Sin embargo, la plaga es real y sus consecuencias son letales, con el agravante de que no es preciso esperar años para sufrirlas, porque los resultados están ya presentes y son duraderos.

Por desgracia, las epidemias son muy reales y sus hazañas cuentan con una larga historia, que se desgrana en episodios como los de la antigua China, la romana peste antonina o la bizantina plaga justiniana. Seguidas de la viruela en el mundo precolombino, la peste negra que en el siglo xiv se extendió por China y por el Viejo Mundo, causando estragos y, más tarde, en el siglo xvii, continuó azotando a la población europea. Ya a comienzos del siglo xx la mal llamada «gripe española» dejó cincuenta millones de muertos y más tarde fueron llegando otras plagas hasta nuestros días, como el VIH/sida, el ébola, o el SARS.<sup>6</sup> ¿Qué hacer frente a la nueva plaga?

Según los especialistas en epidemiología, tres paradigmas se han perfilado para abordar las epidemias: el miasmático, heredero de Hipócrates, que aconseja vivir en ambientes sanos,

libres de emanaciones pútridas del terreno o de cuerpos muertos, los llamados *miasmas*; el higienista, y, por último, el inmunitario, que fía en las vacunas y los antibióticos.<sup>7</sup> A los tres se recurre habitualmente, pero la fuerza de vacunas y antibióticos es la gran esperanza ante la COVID-19, por la que compiten laboratorios, industrias, países. El solo anuncio de que estaban algunas de ellas en fase avanzada entusiasmó a los mercados, hizo subir la bolsa y sembró la esperanza entre ciudadanía, políticos y mercados. No digamos ya cuando las primeras empezaron a recorrer el mundo y sembraron esperanzas de estar llegando al final del túnel. Como es lógico, surgieron nuevas preguntas: a quiénes van a llegar, si será obligatorio vacunarse, qué parte de la población mundial necesitará vacunarse para cortar la epidemia, si llegará también a los más pobres, aunque sea para evitar una catástrofe mundial aún mayor, o sencillamente por razones de justicia.

Pero a todo ello subyace una cuestión transversal: la de las formas de vida, personales y compartidas, tanto desde la perspectiva ética como desde la organización política, económica y ciudadana. Porque con las pandemias hemos de aprender a convivir, los virus forman parte de la naturaleza y causarán enfermedades de modo inevitable. Por eso carece de sentido hablar de un mundo «posvídico», «pospandemia», preguntar qué ocurrirá en él, porque ese mundo no existirá. Al comienzo de la crisis se multiplicaban las preguntas de los medios de comunicación sobre cómo sería la vida posterior a la pandemia, pero lo cierto es que habrá un mundo «post esta pandemia», pero no uno sin riesgo de pandemias. El riesgo cero no existe. Urge, pues, diseñar instituciones, locales y globales, para hacer frente a las epidemias presentes y futuras desde una ética que nos ayude a determinar nuestras prioridades en un universo que es ya irreversiblemente global. Al hilo de la experiencia sufrida, la primera de esas prioridades debería consistir en cuidar la vida de las personas y de la naturaleza, que es valiosa y vulnerable.

Porque no deja de ser sorprendente que mientras algunos transhumanistas, impregnados de esa «ideología californiana» que se viene cultivando en Silicon Valley desde hace algún tiempo, aseguran que en 2045 llegaremos a conocer la muerte de la muerte, que el envejecimiento podrá tratarse y curarse como una enfermedad, que el *Homo sapiens* dejará paso al hombre dios, un humilde virus, del que nada se sabía, pasara de animal a humano y, sin hacer caso de ideologías, sembrara una enfermedad inédita, producida por coronavirus, la COVID-19, causando sufrimiento y muerte en el nivel local y en el global.

Al parecer, el 31 de diciembre de 2019 China notificó a la OMS la aparición de una «neumonía de origen desconocido» en la ciudad de Wuhan, a continuación se dijo que el origen estaba en un mercado de animales vivos y no había prueba de transmisión entre humanos, y el 20 de enero de 2020 se confirmó que el virus se contagiaba a personas.<sup>8</sup> La rapidez y las magnitud del contagio han sido inusitadas, y han desatado una crisis sanitaria, social, económica y medioambiental que ha obligado a reflexionar sobre esas debilidades de nuestras sociedades, que ya existían y han aflorado claramente al ser exacerbadas por la pandemia, y sobre los fines y los medios por los que debemos optar.

Uno de esos caminos es incuestionable: reconocer que la enfermedad, el sufrimiento y la muerte forman parte de la vida humana y que es mejor abordarlos desde la sencillez y la cordura que proporciona el saberse frágiles y vulnerables que practicar un negacionismo irracional y dañino. Las tecnociencias pueden ayudarnos a construir un mejor futuro, qué duda cabe, y es preciso impulsarlas, pero la *hýbris*, la desmesura, fue siempre mala consejera, a pesar de los transhumanistas. La compasión, por el contrario, atenta a los hechos, es la virtud del corazón lúcido, motor del auténtico progreso.

Se dice con razón que una de las claves del transhumanismo consiste en considerar como una virtud la desmesura que los clásicos del mundo griego tenían por vicio. Némesis, la diosa de

la venganza justiciera, castigaba a quienes no se conformaban con la parte que les correspondía, según la distribución del destino, y devolvía a cada uno a su lugar. La falta de Agamenón, que intenta robar a Aquiles parte del botín que le corresponde en justicia, como cuenta el primer libro de la *Iliada*, desencadena la guerra de Troya. Y en esa misma estela se encuentran acciones desmesuradas de Aquiles, Ulises, Héctor, Paris, Prometeo, Sísifo y tantos otros héroes clásicos. Parece entonces que la medida, la prudencia, es la gran lección.

Pero todo haz tiene su envés y también podría decirse en favor de la desmesura que la suerte sonrío a los audaces, a los que se arriesgan, y cierra las puertas a los encogidos y conformistas. Según algunos transhumanistas, es precisamente ese conformismo pacato el que ha impedido progresar, cosa que sí que logra la confianza de que la enfermedad y la muerte quedarán arrumbadas en este mundo nuestro, y además en corto plazo de tiempo. La osadía sería entonces una virtud; la modestia, un vicio que conviene desarraigar.

Ocurre, sin embargo, que barajando las excelencias de cada uno de estos hábitos del carácter —osadía, modestia—, un humilde virus saca a la luz la irracionalidad de la desmesura y sitúa a la humanidad ante una encrucijada, ante ese lugar en que se encuentran dos o más caminos y resulta difícil elegir uno de ellos, sea la desmesura de los supuestamente fuertes, desenmascarada por la pandemia, sea el cuidado compasivo de la vida humana y de la naturaleza, que tal vez revele una fortaleza mayor en el medio y largo plazo, que es el tiempo humano.

Frente a los mitos de los héroes, la espléndida fábula de Higinio, «Cura», muestra que es el cuidado el que conforma al hombre, hecho de *humus*, de barro de la tierra,<sup>9</sup> y autoras como Patricia Churchland recuerdan que la base biológica de la ética es la capacidad de cuidar.<sup>10</sup> Lo bien cierto es que la vulnerabilidad nos constituye, junto a la autonomía que, ahora lo comprobamos una vez más, se conquista en solidaridad.

Pero eso no implica en modo alguno detener el progreso humano, sino todo lo contrario: compromete a trabajar por el bien de las personas y de la naturaleza desde el cuidado y desde la compasión, tratando de superar muy especialmente los puntos débiles que la pandemia ha sacado a la luz. Como hemos mencionado, algunos de ellos constituirán los distintos capítulos de este libro.

Con todo, es preciso entender bien la verdadera *compasión*, que es un sentimiento activo, transformador, y no pasiva condescendencia hacia los peor situados. Es un impulso hacia la acción. Por eso comparto la iniciativa de un grupo de profesionales de la salud que está proponiendo a la Real Academia Española (RAE) una nueva definición para sustituir a la actual, que es muy insuficiente. Esa nueva definición, que está en curso, nos remite al reconocimiento del sufrimiento que mueve a procurar aliviarlo, y ojalá que incluya también la capacidad de alegrarse con el bien ajeno<sup>11</sup>.

Y es desde esa compasión lúcida desde la que importa evaluar las debilidades y las fortalezas que la pandemia ha revelado, como también las nuevas oportunidades de crecimiento, desde las posibilidades del mundo telemático o la limitación de la movilidad física. Abordar la catástrofe social y económica requiere una ética potente, que se encarne en la vida cívica, económica, jurídica, política. Una ética que, por otra parte, se está reclamando abiertamente desde los distintos sectores y muestra bien a las claras el peso de lo intangible. No sólo la mano visible del Estado, no sólo la mano invisible de la economía, dos manos, por cierto, muy criticadas por su funcionamiento, sino, y muy especialmente, *la mano intangible de las virtudes éticas y de un êthos democrático*.

Recordando que por *virtud* se entendía, en el mundo griego clásico, «excelencia del carácter», diríamos que la virtud nuclear de ese *êthos* sería la *cordura*, la virtud de la razón a la vez cordial y lúcida, que nunca pretendería prometer la inmortalidad.

dad y la derrota de la enfermedad pretextando contar con bases científicas, porque no hay base científica suficiente para asegurarlo. La promesa se convierte entonces en una patraña o, lo que es peor, en una ideología, muy útil para atraer la inversión de las macroempresas, pero un engaño para el común de las gentes.

La cordura es un injerto de la prudencia en el corazón de la justicia y es buena consejera. No es extraño que la menor de las hijas del rey Lear, la que le acompaña hasta sus últimos momentos, lleve por nombre Cordelia.

Afortunadamente, en un mundo multicultural no es este del corazón parte del capital ético de una sola cultura, sino transcultural. Como bien dice el disidente chino Xu Zanghrum en su artículo «Viral Alarm»:

Ante este virus no puedo callar. En Occidente llaman a esto «justa indignación», es un tipo de furia que resulta de una abrasión repetida. Nuestros pensadores hablan de una «humanidad combinada con un sentido de la justicia». Esto es lo que Mentius llamaba «el verdadero camino del corazón humano». Y por eso estoy dispuesto a pagar con mi vida. Se trata de la libertad, de esa sensibilidad innata que nos hace humanos, la inefable *quiddity*, que los chinos compartimos con todos los demás.<sup>12</sup>

Diseñar una ética desde la cordura, desde el sentido de la justicia, prudente y lúcido, desde la indeclinable aspiración a la libertad y desde la compasión es el verdadero camino del corazón humano. Y, en un mundo global, ese camino apunta, como una brújula, hacia la construcción de una sociedad cosmopolita, en la que todos los seres humanos sean ciudadanos, sin exclusión. Quienes son afectados por la globalización tienen que poder ser a la vez beneficiarios de sus efectos y agentes del proceso.